

Chicos de la calle: posibilidades de facilitar procesos resilientes.

LLobet, Valeria.

Cita:

LLobet, Valeria (2000). *Chicos de la calle: posibilidades de facilitar procesos resilientes. Anuario de Investigaciones, VIII, 439-451.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/valeria.llobet/161>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/pKgk/4pt>



Esta obra está bajo una licencia de Creative Commons.
Para ver una copia de esta licencia, visite
<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/deed.es>.

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

"Chicos de la calle": posibilidades de facilitar procesos resilientes

Lic. Valeria LLobet

Directora: Prof. Ps. Graciela Zaldúa

Asesoría Metodológica: Becaria Lic. María Pía Pawlowicz

RESUMEN:

En la presente investigación exploratoria se indaga la posibilidad que niños y adolescentes vulnerabilizados, en particular chicos de la calle, constituyan procesos resilientes. Partimos de considerar que las estrategias de supervivencia que los mismos despliegan suponen la puesta en práctica de habilidades y destrezas que, mediante una intervención eficaz, pueden ser recreadas por los niños y adolescentes, modificando los aspectos de riesgo, acting out y empobrecimiento subjetivo que suponen. En este nivel de la intervención, los aspectos organizacionales, representacionales y los índices de estrés asistencial de los efectores son incorporados como variables o líneas de análisis que pueden operar facilitando o restringiendo las posibilidades de subjetivación de la población. Tendemos a reconsiderar la resiliencia, entonces, como un proceso facilitado en la interacción, donde los niveles general (macroestructural) y particular tienen incidencia.

Palabras clave: Niños y adolescentes vulnerabilizados – procesos resilientes – intervención – estrés asistencial.

ABSTRACT

This exploratory research attempts to investigate if vulnerable adolescents and children, in particular street children, establish resilient processes. The survival strategies imply abilities and skills. Therefore, an effective intervention may aid in modifying the aspects of risk, acting out and impoverishment. In this level of intervention, the organizational aspects, the representational aspects, and the levels of workers stress are acting as variables. We are reconsidering that resilience is an interactive process where the general levels (macrostructural) and the particular levels have incidence.

Key words: Vulnerable adolescents and children – resilient processes – intervention – burnout

INTRODUCCIÓN

La investigación exploratoria que presentamos tiene por objetivo indagar los factores que actúan facilitando o restringiendo las posibilidades de niños y adolescentes vulnerabilizados de ambos sexos –chicos de la calle, de entre 11 y 16 años, que asisten a dos instituciones no tutelares de la Ciudad de Buenos Aires¹ –, de constituir procesos resilientes, entendidos como posibilidades de subjetivación y protección frente a situaciones de potencial desenlace negativo (de riesgo), "enfrentamiento exitoso de la adversidad". Siguiendo a Rutter la resiliencia puede ser entendida como un proceso que se construye vincularmente, tanto con otras personas como con el contexto social. Así, las instituciones que trabajan con esta población son susceptibles de ser entendidas como potencialmente facilitadoras de tales procesos resilientes. Para abordar este aspecto, se focaliza en las construcciones sociales sobre los "chicos de la calle" que surgen de las entrevistas en profundidad a los trabajadores y de la observación participante.

Nos hemos centrado en las siguientes líneas de análisis :

Para los/as niños/as y adolescentes: 1) Representaciones sociales de grupo, género, cuerpo. 2) Conductas lúdicas: juegos o actividades con finalidad lúdica primaria o secundaria. 3) Situación actual: laboral, escolar, habitacional, de pareja. 4) Situación familiar: composición, periodicidad de los contactos, edad al momento de abandono del hogar, motivos del abandono, perspectivas de retorno. 5) Actitud con el cuerpo: cuidados, aseo, preocupaciones estéticas, conductas desafiantes y temerarias. 6) Motivo de ingreso a la institución.

Para los efectores: Representaciones sociales sobre: 1) los «chicos de la calle», 2) el tipo de trabajo realizado en las instituciones, 3) el impacto del mismo, 4) las causas del problema "chicos viviendo en la calle", 5) las posibilidades resilientes de niños/as y adolescentes.

Los procesos resilientes son inestables en el tiempo, y a través de los diferentes contextos; así como también, para las mismas personas en circunstancias diferentes, incluso sus manifestaciones conductuales pueden ser altamente variables aún para una misma persona (Rutter y Rutter, 1992; Kotliarenko, 2000). Al mismo tiempo, son resultado de las interacciones entre el contexto vital y las personas (Kotliarenko, 1997, 2000).

Para esta última autora, "(...) las características arriba mencionadas, plantean algunas condiciones con relación a que las técnicas de recolección de información recomendables en el área de los comportamientos resilientes, sean preferentemente de corte etológico. (...) En primer lugar, la investigación de carácter etológico o naturalista, se caracteriza por su dimensión temporal o bien por el número de momentos o puntos que son observados en el tiempo, que no han sido creados artificialmente, y que constituyen los datos de interés." (Op.Cit.:60).

"(...) las personas que muestran comportamientos resilientes son –en cierta medida– excepciones en los grupos y por tanto su estudio no puede basarse (...) en medidas de tendencia central" (Op.Cit.:59)

En este artículo, se presentan los siguientes aspectos: Una breve descripción del concepto resiliencia y su operatividad esperada. En segundo lugar, se intenta precisar qué significados cobra la categoría "niños y niñas en/de la calle". En tercer lugar, se intenta caracterizar algunas de las construcciones sociales sobre los niños/as y adolescentes, que son manifestadas por los trabajadores, intentando dilucidar a qué niñez y a qué niños se refieren, y que efecto tendrían.

CONSIDERACIONES ACERCA DEL CONCEPTO RESILIENCIA

Se define como resiliencia al conjunto de procesos sociales e intrapsíquicos que posibilitan el enfrentamiento exitoso a la adversidad. No se trata de factores congénitos ni adquiridos, sino es un proceso que caracteriza a un complejo sistema social en un momento determinado. (Rutter:1993).

En nuestro medio, suele asociarse la resiliencia a los factores protectores, sin embargo, ellos ni agotan ni explican exhaustivamente a los procesos resilientes.

Debe comprenderse a la resiliencia en un contexto que supone tanto la actuación de factores o situaciones de riesgo como del proceso de vulnerabilidad - protección. Radke - Yarrow y Sherman (1992) indican que resultan necesarias algunas especificaciones respecto al concepto de vulnerabilidad. Éste puede ser entendido en dos sentidos. Por un lado, como un fenómeno perceptible en el cual cierto nivel de estrés resulta en conductas desadaptativas. Por otro, se puede considerar que la vulnerabilidad alude a una dimensión continua de las interacciones que se mueve desde una adaptación exitosa a otra menos exitosa. En segundo lugar, respecto al concepto de riesgo y factores protectores, plantean que existe una tensión entre una idea de universalidad (considerar a X factor de riesgo, o a Y factor protector como universalmente eficaces tanto en sentido negativo el primero como el segundo en sentido positivo) y una aproximación mediada por las características de las personas. En el mismo sentido, Rutter plantea que una misma variable puede actuar, bajo distintas circunstancias, en cualquiera de los dos sentidos mencionados, y que el propio proceso de vulnerabilidad - protección sólo tiene efecto en combinación con situaciones o factores de riesgo, y por lo tanto, actúa indirectamente. Almeida Filho (1992), desde la Etnoepidemiología, plantea que es necesario incluir en el estudio de las determinaciones del proceso salud enfermedad, el valor, significado y sentido de los factores de riesgo. En este sentido, factores de riesgo y protectores deben ser analizados desde la perspectiva de la cotidianidad y el Modo de Vida de los grupos particulares.

De ello surge que la resiliencia no puede ser concebida como meramente una conducta adaptativa, sino resulta central indagar tanto los procesos que convergen en posibilitarla, cuanto sus peculiaridades en grupos especialmente desfavorecidos: "El enfoque de resiliencia parte de la premisa que nacer en la pobreza, así como vivir en un ambiente psicológicamente insano, son condiciones de alto riesgo para las salud física y mental de las personas". (Rutter:1992). Asimismo, descubrir qué aspectos actúan posibilitando tales procesos, permitiría desarrollar programas asistenciales y preventivos más eficaces.

Creemos que éste aspecto no resulta contradictorio con la relativización anteriormente planteada respecto del riesgo y la vulnerabilidad. Si bien cada grupo y cada persona realizará diversas mediaciones que valorizan las situaciones y los factores de riesgo de varias maneras, es posible plantear que ciertos "insumos" necesarios para el desarrollo debieran encontrarse presentes. En la literatura sobre resiliencia, se encuentra reiteradamente que la característica más compartida por niños y niñas resilientes es un autoconcepto positivo y realista, así como algún vínculo positivo con al menos una persona significativa, incluso esporádico (Rutter:1993, Kotliarenco et al:1997, Vanistendael:1998, Munist et al:1998). Este hallazgo permite pensar en al menos dos cuestiones relacionadas. En primer lugar, en el nudo del trabajo adolescente, el proceso identitario, y en segundo lugar, en las construcciones sociales con las cuales los adultos que conviven con la población estudiada tamizarán sus vínculos.

Tanto en la investigación actual como en un estudio de campo realizado anteriormente, así como en otras investigaciones realizadas con población de chicos de la calle en otros países (Lucchini:1999, Izaguirre:1997, Llobet:1997) se puede observar algunas características peculiares del proceso identitario: una particular construcción del tiempo, y por lo mismo, de la historización personal, una predominancia concreta en el lenguaje, una referencia colectiva más que individual, una socialización de género diferente de los modelos tradicional o transgresor en las mujeres, un uso de la hostilidad no tanto como modalidad de individuación sino más como defensa, etc.

De acuerdo al planteo de la Psicodinámica del Trabajo, (Dessors et al:1994) la identidad es más un proceso que un resultado, y requiere del reconocimiento social tanto en el plano del ser como del hacer. Para P. Aulagnier (1997), este trabajo identificante toma como materiales los enunciados identificatorios provistos tanto por la madre como por el conjunto social. Tres procesos comienzan entonces, a perfilarse como hipótesis a la hora de explicar la resiliencia como proceso singularizado que es desplegado o inhibido en / desde lo particular y general: 1) la posibilidad de historización –que constituye al sujeto como sujeto de su historia, y resulta una necesidad en el proceso identitario; 2) la posibilidad de empoderamiento (empowerment) –en tanto ubicación como actores y sujetos de derecho y 3) la particular conjunción entre el sujeto y el aporte identitario que los otros significativos -apoyo social- brindan, desplegados en la cotidianeidad y mediados por sus construcciones sociales. Ellos pensados como solidarios y codeterminantes

NIÑOS Y NIÑAS DE LA CALLE²

La categoría "niño/a de la calle" recubre una diversidad de situaciones que es necesario visualizar. En primer lugar, esta categoría surge, en tanto "enfoque" (posiciones teóricas y líneas de acción) como reacción a la Doctrina de Situación Irregular. Los "niños de la calle" vienen a suplantarse, entonces, a los "menores en situación irregular". Se devuelve a partir de ella, calidad de infancia a los niños que eran objeto de la tutela estatal. Es incluso a partir de la eficacia práctica de este enfoque que es puesto en cuestión el centro mismo de la doctrina

de la situación irregular, al plantear que estos niños y niñas de la calle son sujetos de derecho y no objeto de protección / disposición tutelar. Como primer momento de separación teórico ética, entonces, esta categoría vino a separar el campo de la infancia vulnerabilizada de su asimilación a la delincuencia o predelinquencia. Se trata entonces de una categoría cuyo desarrollo histórico es susceptible de ser analizado desde las prácticas y contenidos que la conforman.

En la definición más usual, propuesta por UNICEF, se entiende que un niño/a que vive en la calle y ha roto todo vínculo con su familia de origen, es un "niño/a de la calle", en tanto un niño/a que vive en la calle durante el día pero regresa a su hogar familiar es un "niño/a en la calle". Sin embargo, encuadrar a los niños, niñas y adolescentes concretos en alguna de estas subcategorías no resulta tan sencillo. En primera instancia, debido a que la estancia de un niño en la calle no suele ser producto de una abrupta y/o disruptiva "expulsión" o fuga del hogar, sino que generalmente es un proceso por el cual los niños que fueron "de" la calle pasan a ser "de" la calle. Además de ello, encontramos en estos niños, niñas y adolescentes formas diversas de "estar" en la calle, significados diversos de la calle, incluso uso de otros espacios. ¿Es un niño de la calle quien se ha ido de la casa de sus padres, pero no duerme en la calle, sino que ocupó una casa abandonada?. Aún los niños y adolescentes que viven en la calle, mantienen en algunos casos contactos con alguna frecuencia, con su familia: ¿son niños "en" o "de" la calle?. Resulta en estos casos necesario forzar los términos de las definiciones teóricas para recubrir la realidad a que aluden. Ello supone preguntarse si no resulta necesario redefinir la comprensión teórica.

Si bien en su origen, el enfoque Niños y niñas de la calle resultó superador de culpabilizaciones, victimizaciones y, en términos más generales, penalización de la pobreza, existen hoy indicios que llevan a suponer la necesidad de repensar esta categoría, en tanto parece ocultar más de lo que devela. Homogeniza los modos de estar en la calle. Si bien a grandes rasgos sigue siendo útil para referir el fenómeno de la infancia vulnerabilizada (en términos de Castel), y resulta una suerte de marcador epidemiológico para identificar a una población en riesgo, desconocer que encubre una realidad multívoca es erróneo. Por un lado, a pesar del uso creciente de la aclaración "y niñas", no suele incluirse una perspectiva de género para pensar tal población. Y resulta evidente que no es lo mismo ser una niña o adolescente en la calle que ser un varón en la calle. Los riesgos que enfrentan no son exactamente los mismos, las estrategias que construyen tampoco. La diferencia sexual parece ser velada por las adolescentes en la calle, asumiendo éstas posturas, rasgos y conductas masculinas como estrategias de protección. Los usos del cuerpo en el espacio que habitan los chicos de la calle son sólo varoniles, incluso para las mujeres que lo habitan. La asunción de una posición masculina se constituye en la protección generalmente usada por las adolescentes, y que trasciende la "simple" adopción de conductas, llegando a construir una nueva relación con el lenguaje (uso indistinto de ambos géneros sin respetar el sexo del sujeto y/u objeto aludidos): T., una adolescente de 13 años, solía usar nombres como Pedro o Juan para nombrarse en la calle. Era fácilmente confundida con un varón, y los enfrentaba en peleas corporales usualmente. Se refería a sí misma con apelativos

masculinos; con el resto de las personas, intercambiaba sin problemas femenino / masculino, sin importar el sexo del interlocutor. Resistía toda marca de socialización femenina: ropas, adornos, juegos, etc.

Por otro lado, ¿es igual el niño que convive con una "ranchada" que aquel que lo hace con un hermano o amigo, sin formar parte de un grupo? ¿se encuentran en la misma posición el niño que lleva algunos meses viviendo en la calle que aquel que ha vivido por algunos años?. Resultan preguntas que, frente a los niños concretos, es necesario realizar. Surge también frente a la homogenización realizada por quienes trabajan con los adolescentes.

Si bien la categoría reviste una operatividad importante a la hora de definir políticas o acciones, ello no desmerece que la realidad que engloba es compleja. Niños, niñas y adolescentes comparten a grandes rasgos un modo de vida. Ello los hace un "grupo con existencia real" (Castellanos:1991). Sin embargo, este modo de vida, tanto es sus aspectos materiales cuanto simbólicos es mediado por distintas dimensiones que hacen divergir las respuestas personales.

También las familias son distintas. Si bien existen características compartidas, en función de pertenecer a un grupo social, las migraciones, los mitos familiares, la historia de cada familia marca una diferencia. Sin embargo, suele resumirse el problema en términos de "pobreza". La pregunta respecto a qué hizo que X se fuera de su casa, y sus hermanos Y o Z no, de por sí abre a una investigación necesaria, pero además abre a pensar en la heterogeneidad del problema. En general, en algún punto los efectores entrevistados llegan a decir que las familias no fueron continentes, o su estructuración no era buena, o..., sin embargo, por qué algunos hijos permanecieron y permanecen en el hogar no aparece como pregunta. Además, los niños o adolescentes que sí se fueron ¿son las más resilientes o los menos resilientes?. La mayoría de los niños plantea como motivo de su ida algún hecho de maltrato, ya sea contra él como contra la madre. Sin embargo, esta afirmación recubre más que muestra. Sin intención de negar el maltrato como realidad, no necesariamente ha sido el desencadenante ni el único evento que motoriza la decisión de partir. Además, y teniendo en cuenta el modo de circulación de los niños en los sectores populares: ¿por qué la calle y no la casa de algún pariente o vecino?. Marca mas bien la idea que los propios niños tienen respecto de lo que la sociedad espera de ellos como respuesta. Saben que si no se construyen como víctimas, son contruidos como potenciales victimarios. Y allí aparece otra homogenización. Las familias de los niños son iguales. Pobres, desarticuladas, incontinentes, etc. Pero tiene que existir un culpable. Hay alguien, familia o estado que es responsable porque los chicos estén en la calle y no en su casa.

La calle tampoco es la misma, dependiendo el momento en que los niños se encuentren, así como sus propios recursos y apoyo social. En algunos casos es posibilidad de juego ilimitada, en otros solo lugar de trabajo, en algunos momentos es divertida y en otros peligrosa, dependiendo también del cómo y el cuando, de la situación concreta y de los actores involucrados. Si cuentan con agentes de programas que permitan agenciarse de recursos, una red de apoyo "rica", puede tener un carácter más estable, pero al mismo tiempo con mayores limitaciones. Si aparece la policía, se transforma en un lugar peligroso...

Si se tienen 17 o 18 años, es un lugar del que hay que salir... Los chicos de la calle en general, no se transforman en adultos "homeless". ¿Cuándo se van? ¿Por qué deciden "salir" de la calle? ¿Cómo lo logran? ¿es para todos igual? Si no interviene algún programa ¿también se van de la calle?

La noción de "carrera de la calle" (Lucchini:1999) resulta importante para pensar estas cuestiones, incluso para pensar en que momento del proceso las intervenciones son fructíferas en el sentido de lograr consolidar una alternativa. Permanecen algún tiempo en la calle, muy variable de un chico a otro, y luego de alguna manera se van...

Es variada también epocalmente la forma en que los niños y adolescentes llegan a la calle. En los últimos años, (centralmente desde 1995, según los datos relevados en el CAINA)³ como consecuencia del impacto de las políticas socioeconómicas, surgen nuevos modos de estar en la calle, niños y adolescentes que viven con su familia en la calle, o que durante la semana permanecen en el centro y regresan a su casa los fines de semana, sin agruparse con los niños y adolescentes que se autonominan "chicos de la calle".

Existen niñas, niños y adolescentes que viven en la calle, que trabajan o de alguna manera consiguen sus medios de subsistencia en ella, que circulan de modos más o menos disímiles. Comparten condiciones materiales de vida, aunque no necesariamente es uno el vector simbólico del modo de vida, el "estilo de vida" (Almeida Filho, Op. Cit.). Ello hace que pueda ser pensado como grupo vulnerable, aunque exija a las estrategias de intervención sostener la tensión entre singular y colectivo, para poder hacer lugar a las particularidades que, de otro modo, serán fuertes condicionantes a sus posibilidades de eficacia e impacto.

REPRESENTACIONES SOCIALES SOBRE LA INFANCIA Y LOS NIÑOS

Las instituciones abordadas son efectoras de políticas públicas para la infancia. Delineada su oferta a partir de la CIDNA⁴, la categoría "ciudadanía" resulta el nudo central de sus prácticas. Lo que diferencia las instituciones totales de las que no lo son es tanto los aspectos materiales de la institución, cuanto la oferta, pero, centralmente, es el estatuto de "niño" construido por ellas. Las nociones de "niño sujeto de derechos" y "ciudadanía infantil" son hijas de la CIDNA, inaplicables en las instituciones totales, excepto a condición que las mismas desnuden su política retributivo-criminal.

Como parte del "régimen de verdad" (Foucault:1979) de cada sociedad, la ciudadanía, a partir de conjugar derechos y deberes, se constituye en un dispositivo de verdad sobre el que se fundamenta el poder. Base necesaria a la construcción de la legitimidad. Este régimen de verdad configura uno de los contenidos posibles del Imaginario Instituido (Castoriadis:1993), otorga sentidos a las significaciones imaginarias que cimientan las instituciones sociales, y que plantean los límites a lo pensable, a la configuración de la subjetividad. Marcan los modos de relación con los objetos, las afectividades y, más en general, los modos de existencia social de los individuos, el sentido común (Gramsci:1997) de una sociedad en un momento histórico determinado.

Los sentidos, significaciones y representaciones constituyen el nivel discursivo que otorga existencia a identidades sociales, y "por su fuerza, hace ser a lo que designa" (Chartier:1995).

Es posible definir las Representaciones Sociales como las estructuras cognitivo-afectivas que permiten aprehender la realidad. Según Jodelet (1986), el concepto de Representación social sería una operacionalización posible del sentido común, "(...) cuyos contenidos manifiestan la operación de procesos generativos o funcionales socialmente caracterizados". La controversia actual alrededor del concepto se centra en dos ejes: por un lado, la mediación discursiva, específica y particular a cada sujeto, y por otra parte, el hecho que las representaciones sociales reproducen conflictos y contradicciones entre instituciones, grupos y sectores sociales. En esta línea, Grimberg (1995) plantea como superador el concepto de Construcción Social, entendido como "el proceso de condicionamiento recíproco entre las representaciones y las prácticas. (...) Por representación social entendemos la articulación entre los modos de percibir, categorizar y significar". Metodológicamente, de Souza Minayo (1997) afirma que el análisis hermenéutico del "texto" de las entrevistas permite superar la representatividad acotada de los sujetos e incluir las contradicciones y los conflictos. Presentaremos el análisis de las entrevistas a los trabajadores. En este caso, centradas en los trabajadores del Hogar de tránsito, alrededor de dos ejes que aparecen como centrales. Las representaciones sobre los niños toman mayoritariamente⁵ dos vertientes. Por un lado, la inermidad. Por otro, la voluntad. En esta contradicción se desarrollan algunas líneas de análisis, que ejemplificamos con algunas afirmaciones de los trabajadores.

1. *"Yo me enganché con él (...) él siempre andaba como los perritos atrás mío"*
2. *"(...) a mí me conmovió porque estaba con otros chicos drogados (...) durmiendo como pescaditos"*
3. *" (...) eran así chiquitos, ¿viste? Una cosita"*
4. *"yo los comparo con una fiera (...) si nosotros ya hemos domado a la fiera"*
5. *"tenía una personalidad sumamente así, en posición de soberbia, como si fuera de un estado social, de un estamento social que no tenía que ver con la de él, y tenía esos tics de ... de... chico venido a más"*

En las tres primeras frases, se puede encontrar una construcción afectiva, en donde el afecto positivo está motivado por la deshumanización del niño, el "niño natural" que aún no es humano, y que habrá que humanizar, "domar". Es posible suponer una prevalencia de ideas sobre la infancia como incompletud, pre humanidad, y ausencia de razón adulta, consonantes con las ideas russonianas, presentes en el Emilio: "Si los niños entendieran razones, no tendrían necesidad de ser enseñados (...) la infancia es el largo camino que los seres humanos emprenden de la falta de razón (adulta) a la razón adulta" (Rousseau, citado por Narodowski:37), así como comenianas, en tanto es necesaria una práctica, la educación, que hará humanos a ... los seres humanos: "Conviene formar al hombre si debe ser tal (...) el hombre será hombre si es formado" (Comenius, citado por Narodowski:1999:99).

Estas representaciones, expresadas por las metáforas de inhumanidad, parecen centrarse en su aspecto reproductivo más que productivo. Una de las vertientes para analizar el uso de las metáforas, es la que conecta a estas con el sentido común. Las metáforas serían entonces el recurso para activar el conocimiento de sentido común sobre las relaciones e

identidades sociales (Vasilachis, 1999). Implican un conocimiento compartido acerca de las asociaciones estereotípicas a las que refiere la metáfora. Según Vasilachis (1999) el uso de metáforas refuerza "(...) los modelos interpretativos de la realidad presupuestos por el hablante y las formas de diferenciación social que ese modelo contempla".

Lo que diferencia a los niños de los adultos es su "animalidad", que supone una cierta inermidad, así como irracionalidad. Ello permite juzgar a los niños como víctimas -por lo mismo, quererlos- y no "culpables", y suponer la intervención como una medida educativa humanizante. En estas representaciones encontramos también las mayores contradicciones con el concepto eje de la intervención, los niños/as y adolescentes como sujetos de derechos. Así como el sustento real de la intervención: educarlos, transformarlos en seres humanos socializados como tales, lo que se desprende de frases como la cuarta aquí consignada: "(...) la pedagogía diseña una infancia discriminada en tanto tal en virtud de la constatación de una carencia o de un conjunto de carencias: no posee la autonomía ni el buen juicio ni el tino propios de los adultos. Son cuerpos débiles, ingenuos, manipulables, en formación." (Narodowski:109).

Frases como la quinta, marcan por contraste, lo que se espera del niño, precisamente la incompletud, la ausencia de marcas de humanización, y la presencia de marcas de clase. Un niño que se presenta a sí mismo ausente de las marcas esperables de inermidad, es un niño "venido a más", un niño en posición "soberbia".

Pareciera entonces que la condición para lograr empatía con el niño es su construcción como pre humano, y por lo mismo, humanizable por la intervención, en tanto que esta lo considerará como un sujeto responsable, educable y que actúa voluntariamente:

1. *"(...) es una muestra de que puede recibir ayuda si se dejan ayudar"*
2. *"a partir de la voluntad yo creo que todo se puede"*
3. *"marcando siempre que el chico está acá porque quiso. Nadie lo trajo, nadie lo obligó, nadie dice 'se nos ocurrió porque estabas en la calle'. Acá esto no cuenta, se trabaja con la voluntad del pibe"*

Una contradicción importante se presenta al pensar que toda la intervención se ha sostenido en la idea-fuerza de la "voluntad" del niño de dejar la calle, lo que hablaría de un sujeto responsable y que puede tomar decisiones sobre su vida, en oposición a un niño inerte, incompleto y pre humano. Cuando este conflicto aparece, en tanto el niño plantea alguna resistencia a la intervención, se opta por la consideración de él como "responsable", recordándole su opción primera como modo de lograr su permanencia.

Estas contradicciones no son vistas por los trabajadores. Sin embargo, aumentan frustraciones. Al preguntar en qué circunstancias se han sentido mal con su trabajo, aparecen respuestas relativas al fracaso, al dar todo (para humanizar) frente a la resistencia a ser humanizados por parte de los chicos:

1. *"cuando les das todo, casa, comida, afecto, y vuelven a la calle, es porque son irrecuperables"*

En un movimiento en donde se priorizan tanto la suposición de la voluntad del chico, motor principal de sus acciones, como la eficacia y suficiencia de la "cura por amor" humanizante

y el como-sí del hogar para garantizar el éxito de la intervención. Estos "regresos a la calle" son difícilmente complejizados, y no son vistos más que como fracasos. Al mismo tiempo, la derivación exitosa es vista como un indicador de impacto de la intervención.

A MODO DE CONCLUSION

El análisis del material que sustenta este artículo se halla aún en desarrollo, por lo cual estas afirmaciones son realizadas a título tentativo. Sin embargo, aspectos simbólico-representacionales como los arriba descriptos insisten tanto discursivamente como en el lenguaje no verbal de los trabajadores y, en algunos casos, de los propios niños. Asimismo, es posible rastrear su presencia en artículos periodísticos, en el lenguaje cotidiano mediático, legislativo y común.

Desde nuestra perspectiva, al considerar los procesos subjetivos comprometidos en la generación de un proceso resiliente, siempre provisorio y multívoco, surgen en primer plano los aportes simbólicos para la construcción de la identidad (proceso central a la adolescencia). El proyecto identitario usa como sus "materiales" los identificantes aportados por los otros significativos. Así, las construcciones representacionales que quienes se transforman en sucedáneos de los padres construyen sobre los "chicos de la calle", se transformarán en las marcas donde estos chicos anclarán su proceso identitario.

Las representaciones ligadas a la inermidad, se contraponen y niegan un aspecto esencial a la vida de los "chicos de la calle", tanto como colectivo cuanto individualmente: su capacidad de desarrollar estrategias de supervivencia eficaces en un medio hostil. La libertad, valor supremo para ellos, fue ganada a costa de su autonomización temprana y su "adultización", en términos no solo de su ingreso al mercado laboral informal e ilegal. En este sentido, se constituyen en un proceso divergente: en algunos aspectos de su vida son adultos (responsables por su reproducción) y en otros no (si bien han asimilado la manipulación de cosas, no es completa la asimilación de las relaciones sociales dominantes, según A. Heller, 1985). Esta divergencia es anulada con la inermización y el juicio desvalorizante que suponen las construcciones halladas. La infantilización de los chicos de la calle va de la mano de una pérdida de las referencias identitarias colectivas (no ser más un chico de la calle) así como del sistema de apoyo que conlleva, y se produce en la línea de la construcción de un ideal de infancia, que invisibiliza diferencias y diversidad. El problema central que se presenta en este punto es que hay un vaciamiento de identidad, sin provisión de referencias estables. Los chicos/a están de paso... Los vínculos que establecen son provisorios, en tanto la institución misma es de tránsito.

Por otro lado, las representaciones ligadas a la idea de voluntad, si bien se posicionan reconociendo al chico como alguien responsable, y por lo mismo, no lo infantilizan, sí culpabilizan, y obligan a sostener como decisión una manifestación de fantasía de retorno al hogar. Al mismo tiempo, llevan a sostener una permanencia que no siempre es posible para los chicos. El cambio de la vida en la calle a la vida en un hogar es radical. Y muchos chicos requieren la posibilidad de un verdadero espacio transicional, en el sentido

winnicottiano, para poder reconstruir un adentro – afuera, propio – ajeno, pre identitario. Así, hay una gran diferencia entre lo transitorio y lo transicional.

En este marco, en la tensión entre ambos grupos de representaciones, cada niño, niña y adolescente, encontrará o no un lugar, relativamente estable, en donde comenzar a desplegar un proceso de subjetivación que permita salidas saludables. El margen para que esto sea posible está dado por la alternancia de ambas, y la capacidad –variable– de cada chico de resistir. Los chicos que han podido manifestar abiertamente su resistencia –parcial– a la intervención⁶ son, en lo hallado hasta ahora, quienes más han logrado sostener una alternativa a la calle: A., de 14 años, al volver de la visita al Hogar donde iba a ser derivado, dijo: “Yo ni loco voy ahí. Es horrible, te tratan mal (...) Si me obligan a ir me escapo y listo”. Esto provocó dos charlas y las reflexiones del equipo, quienes finalmente encontraron que A. “tenía razón al resistir”, y postergaron la derivación hasta encontrar otro lugar. Algunos meses más tarde, A. se encuentra en otro Hogar, recomenzó su escolarización, está reconstruyendo su vínculo con su hermana y su madre, luego de buscarlas esforzadamente junto con su hermano. Trabaja en una panadería media jornada, y quiere ser médico “cuando sea grande”. Es altamente significativo que A. mediera su “escape” con el aviso. Excede el propósito de esta presentación indagar el resto de los procesos que permiten ese acto, y, al mismo tiempo, no se supone que la resistencia sea el proceso determinante. Sin embargo, en sus diversas modalidades es el proceso que marca y permite caracterizar el vínculo entre el niño/a y la intervención: resistencia muda, que transforma a los chicos en casi “inabordables”, resistencia ligada al acting en las “fugas”, resistencia manifestada por un cuerpo que no se deja abrazar, resistencia puesta en palabras al afirmar que no se quiere algo... Diversos modos en que los chicos de la calle tratan de afirmar una identidad, con más o menos riesgo, y que marca los límites de la intervención y sus posibilidades.

La resistencia, en su sentido eminentemente político, asociado al uso del poder y una cierta dimensión de decisión (Derrida, 1997), cobra así valor de identidad, y puede pensarse, al ser ligada al empoderamiento, como una dimensión potencialmente productora de resiliencia.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Aulagnier, P. (1997): El aprendiz de historiador y el maestro - brujo. Del discurso identificante al discurso delirante. Amorrortu Editores, Buenos Aires.
- Castoriadis, C (1993): La institución Imaginaria de la sociedad, Ed. Tusquets, Buenos Aires.
- Castoriadis, C. (1997): El avance de la Insignificancia. Las encrucijadas del Laberinto IV, EUDEBA, Buenos Aires.
- Chartier, R. (1995): Escribir las prácticas – Foucault, de Certeau, Marin. Editorial Manantial, Buenos Aires.
- De Almeida Filho, N. (1992): Epidemiología sin Números. Una introducción crítica a la ciencia epidemiológica. Serie Paltex n° 28, OPS, Washington.
- Derrida, Jacques (1997): Resistencias del psicoanálisis, Editorial Paidós, Buenos Aires.
- de Souza Minayo, Cecilia (1997): El desafío del conocimiento, Investigación cualitativa en Salud. Lugar Editorial, Buenos Aires.
- Gramsci, A. (1997): Los intelectuales y la organización de la cultura. Editorial Nueva Visión, Buenos Aires.
- Grimberg, M. (1995): “Sexualidad y construcción social del HIV/SIDA: Las representaciones médicas”, en

Cuadernos Médico Sociales Nº 70, Rosario.

Grotberg, E. (1996): Guía de promoción de la resiliencia en los niños para fortalecer el espíritu humano. Fundación Bernard Van Leer.

Heller, A. (1985): "La estructura de la vida cotidiana" en Historia y vida cotidiana. Editorial Enlace - Grijalbo. México.

Izaguirre, M. et al. (1997): "Tropiezos de la inscripción social", en El niño y el lazo social. II Jornadas del instituto del campo freudiano, Atuel, Buenos Aires.

Jodelet, D. (1986): "La representación social: fenómenos, concepto y teoría", en Psicología Social (Comp. S. Moscovici), Paidós, Buenos Aires.

Kotliarenco, Cáceres y Fontecilla (Comp) (1997): Estado del arte en Resiliencia, Programa de Salud Integral del Adolescente, CEANIM, OPS, OMS, Washington.

Kotliarenco, M (2000): "Algunas particularidades metodológicas en los estudios sobre resiliencia" (1999) en Actualizaciones en Resiliencia, UNLa, 2000.

Lucchini, Ricardo (1999): Niño de la calle. Identidad, sociabilidad, droga. Los libros de la frontera, Barcelona.

Llobet, V. (1997): "Chicos de la calle, trabajo y subjetividad", en Primer Concurso de Monografías, Secretaría de Cultura, Fac. Psicología, UBA, Buenos Aires.

Munist et al. (Comp) (1998): Manual de Identificación y promoción de la resiliencia en niños y adolescentes. Programa Familia y Población, OPS, Washington.

Nadorowski (1999): Infancia y poder. Aique Editora, Buenos Aires.

Radke-Yarrow, M. Y Sherman, T. (1992): "Hard growing: children who survive", en Risk and protective factors in the development of psychopathology (1992), Rolf, J. et al (eds.), Cambridge University Press, Cambridge, Gran Bretaña.

Rutter, M. (1993): "Resilience: Some conceptual considerations". Journal of Adolescent Health Vol. 14 nº 8.

Vanistendael, S. (1998): Cómo crecer superando los percances, Resiliencia: Capitalizar las fuerzas del individuo. BICE, Buenos Aires.

Vasilachis, I (1999): "La construcción de identidades en la prensa escrita. Las representaciones sociales sobre los trabajadores y los pobres o las otras formas de ser de la violencia" en Revista Sociedad Volúmen 15, Diciembre 1999.

Zaldúa, G. (1999): Violencia y Psicología. Cuadernos de Prevención Crítica 1, Editorial EUDEBA, Buenos Aires.

1 Hogar Piedra Libre: Hogar de tránsito en donde los niños/as y adolescentes viven periodos no mayores a treinta días, y cuyo objetivo es lograr la reapropiación de normas y hábitos de convivencia que permitan su permanencia en un hogar permanente o con la familia. CAINA: Institución de día, a la que los niños/as y adolescentes asisten entre las 9 de la mañana y las 5 de la tarde, cuya oferta se centra en comida, aseo, vestido, talleres, y asistencia específica en los casos necesarios -por ejemplo, gestión de documentación, asistencia médica, etc.

2 Las siguientes consideraciones se derivan de la observación participante realizada en las dos instituciones durante un año, las charlas con algunos de los niños/as y el trabajo realizado con el total de legajos del primer año (89) en una de ellas (Hogar Piedra Libre, Secretaría de Promoción Social, GCBA), y una muestra de 50 legajos en la segunda.

3 Centro de Atención Integral a Niños y Adolescentes, Secretaría de Promoción Social, GCBA.. La fuente fue una muestra extraída al azar de 50 legajos de la institución, recogiendo una serie de variables que permitieran una caracterización epidemiológica de la población.

4 Convención Internacional sobre Derechos del Niño y del Adolescente

5 Existen otras dos líneas, una psicopatológica (deprivación, efectos del maltrato) y otra sociológica (pobreza), que no presentaremos aquí.